Capítulo VII MI VIAJE A BRASIL

En 1914, después de una enfermedad que me aquejó varios meses y por la cual estuve internada en el hospital Maciel de Montevideo, resolví irme a Francia y radicarme en París. Allí estaban Alejandro Sux, Marta Newelstein y Félix Nieves, con quienes me escribía constantemente y existía un afecto y muchos años de actuación en conjunto. Me pidieron que ni bien mejorara de mi dolencia, tratara de irme con ellos a Francia. Mi entusiasmo y deseo de volver y conocer París, produjeron en mí la necesidad y el deseo de transformar en realidad ese viaje, que en esos momentos me era muy difícil. No tenía dinero para viajar y pensaba cómo poder hacerlo. Fue así que pensé ponerme en contacto con algunos compañeros que trabajaban en los barcos franceses, y combinamos mi subida a bordo ayudada por ellos y sin ser vista por sus autoridades.

Preparé mi viaje, y un buen día subí a bordo de una hermosa nave que realizaba el viaje soñado, de Montevideo a Francia, con escalas en varios puertos. Los primeros dos o tres días fueron maravillosos, viajando con la ayuda de tan buenos amigos y compañeros. Lo que menos pensaba ni sabía nadie, era en la forma en que yo viajaba. En todos los viajes de alta mar, a los dos o tres días de viaje se pasa revista al pasaje de tercera, y al hacerlo, yo no pude evitar que me descubrieran, so pena de comprometer a los compañeros que habían sido solidarios conmigo.

Aparecieron cinco polizones más, unos muchachos jóvenes que como yo, querían conocer Francia o iniciar una nueva vida. Ellos con facilidad se metieron a bordo y se escondieron, porque en aquel tiempo para un hombre era fácil subir a cualquier nave; no se exigían tantos requisitos como ahora.

El capitán del barco los puso a trabajar, unos a pelar papas en la

cocina, y otros a las máquinas, y a mi me pidió que quería hablar con-

migo y que más tarde pasara por su cabina.

Ál encontrarme frente al capitán, empezó el interrogatorio, pero un interrogatorio amable. Lo que más le llamó la atención fue cómo había hecho para subir y esconderme a bordo durante tres días. Yo traté de defenderme de la mejor forma posible, tratando de no comprometer a los compañeros que me habían ayudado. Me dijo muy amablemente que en treinta años que navegaba nunca se le había introducido una mujer de polizón, y que si no fuera por los otros me hubiera llevado a Francia, pero que no tenía más remedio que hacerme desembarcar junto a los demás en el puerto de Santos (Brasil). Le pedí que me llevase hasta Río de Janeiro, pues allí tenía algunos amigos y me sería más fácil defenderme. Accedió con muy buena voluntad y me dijo que me acompañaría al bajar la planchada para que la policía no me molestara, lo que yo le agradecí.

Dio orden en la cocina para que me dieran de comer, cosa que yo ya lo venía haciendo desde que subí a bordo, pues el cocinero era un buen amigo y compañero, pero el capitán lo ignoraba. Seguí mi viaje feliz hasta llegar a Río de Janeiro; al atracar el barco, me presenté con mi valijita al lugar donde él me había indicado, y me acompañó hasta el final de la planchada, extendiéndome su mano, como si fuera una persona de mi amistad. Fue así que la policía no me molestó para nada. Yo ya había tenido la precaución de munirme de direcciones de

Yo ya había tenido la precaución de munirme de direcciones de los compañeros que vivían en todos los puertos en que el barco hacía escala. Cuando descendí eran las once de la noche y me encontré de pronto en una ciudad desconocida y sin conocer su idioma. Le pregunté, como pude, a unos changadores que estaban en el puerto, y me dirigí a una casa de pensión, donde pasé la noche.

A la mañana siguiente me encontré en la hermosa ciudad de Río de Janeiro, donde sus bellezas naturales y su edificación variada, con un relieve arquitectónico tan superior, deja al recién llegado en una prolon-

gada admiración.

Enseguida me puse a buscar la dirección de José Borobio, que era una de las que llevaba y con quien había actuado y tenía una gran amistad. La conseguí fácilmente, pues los brasileños a quienes le pregunte me entendieron a pesar de no hablar su idioma, y siguiendo las indicaciones que me dieron, llegué a la dirección buscada con facilidad.

Al encontrarnos, un abrazo grande y la sorpresa de nuestro reencuentro, con el consiguiente asombro de mi llegada a ésa. Para mí, todo era novedad, me encontraba en una ciudad preciosa pero donde se me hacía difícil comprender a la gente y que ellos me comprendieran a mí. El portugués no es un idioma difícil, pero en los primeros momentos. se hace difícil asimilarlo.

Borobio enseguida me presentó y me puso en comunicación con un grupo de compañeros que hablaban el castellano, y eso me facilitó mi estadía en Río donde ya me sentía más cómoda.

Mis intenciones eran las de seguir viaje para Francia, pero ya no era tan fácil, pues además de la dificultad del idioma, allí no conocía a nadie. El movimiento anarquista en el Brasil era en aquellos momentos bastante importante; un grupo considerable de estudiantes y hombres de letras trabajaban para llevar a la mentalidad del pueblo brasileño, la filosofía que contiene nuestro ideal de libertad y justicia para todos los hombres y los pueblos. Personalidades de gran relieve por su capacidad en la Universidad como los profesores José Oiticica, Orlando Correa Ló-

pez y otros, tenían el respeto y la simpatía de todos.

En todos los sectores intelectuales estos compañeros tomaban parte, y donde eran profesores, no ocultaban sus ideas y por el contrario, tenían formado un círculo de cariño y de respeto por todos sus alumnos, que creaba un movimiento intelectual y de acercamiento al movimiento obrero. El movimiento obrero también era bastante importante, no como en la República Argentina, pero un buen número de sindicatos respondían a la Federación Operaria de Río de Janeiro, que tenía una orientación similar a la de la Argentina. Al poco tiempo de mi llegada, se declaró la guerra de 1914, que arrastró a muchas naciones a una lucha cruel y sanguerra de 1914, que arrastro a inuchas naciones a una nucha etter y san grienta. La movilización de las tropas en los países que tomaron parte en la contienda, y los preparativos guerreros, dieron origen a un movimiento de opinión en los países latino-americanos, y se veía en el frente de las pizarras de todos los diarios, grandes aglomeraciones de público, donde se discutía el pro y el contra de las causas que originaron la declaración de la guerra.

Brasil fue una de las naciones en que se produjo una conmoción más acentuada en los círculos políticos y comerciales, pues se discutía si se debía o no tomar parte en la contienda o mandar armas y tratar de abastecer a los beligerantes. Como consecuencia de la guerra se sintió

enseguida el aumento de precio de los artículos de primera necesidad y la falta de muchos de ellos; en aquel tiempo el comercio brasileño era casi todo portugués, e importaba muchos artículos de Portugal, que a la declaración de la guerra, empezaron a faltar.

A mi la declaración de la guerra me favoreció, porque me puse a trabajar enseguida en mi oficio. Allí las camisas de hombre de fina calidad venían todas de Oporto o de Lisboa. Sólo se fabricaba la camisa ordinaria, y al no recibirla más por la guerra, era necesario fabricarla en el país, lo que se hacía difícil por la carencia de personal competente. Enseguida me puse a trabajar con un buen contrato en una gran fábrica de camisas, y a pesar de que hacía varios años que había dejado el oficio, en ese momento, pese a mi reciente llegada a ese país, se consolidó mi situación económica.

Ya organizada mi vida, empecé a tomar parte activa en el movimiento obrero y cultural. La Federación Operaria de Río de Janeiro organizó varios actos públicos con motivo de la guerra y me pidieron mi colaboración, lo que yo de inmediato acepté, pero eso si, tuve que dar mis conferencias en castellano, porque desconocía el idioma brasileño, aunque individualmente intentaba irlo comprendiendo y hablarlo, pero no era posible hacerlo en la tribuna durante el transcurso de una conferencia.

Todas mis conferencias fueren dadas en castellano y yo comprendía que eran bien interpretadas y comprendidas por las manifestaciones de los oyentes. Mucha fue la actividad que desplegué en los cuatro años que permanecí en el Brasil. A mis veinticinco años, se manifestaba en mi, un deseo de trabajar y adquirir conocimientos profundos de la filosofía y teoría del ideal anárquico, que con tanto cariño conocí y me entregué desde niña a su difusión y propaganda, porque entendía, y entiendo, que es el único ideal capaz de libertar a los pueblos de su esclavitud y elevarlos a la condición de seres libres.

También empecé a colaborar en algunos periódicos que en esos momentos aparecían: "A Voz de Trabalhador", "A Voz do Padeiro", "Guerra Social", de San Pablo, y alguna colaboración me publicó "A Epoca" y "Jornal Do Brasil", que son los dos diarios más grandes y de mayor difusión en Río de Janeiro.

La actividad no era sólo en la Capital; en los pueblos y localidades próximas a Río se encontraba un buen número de compañeros que acti-

vaban y organizaban mitines y conferencias, y entre ellos había también muy buenos oradores, como ser Elías da Silva, Orlando Correa López, Joan Gonçalves, Caralampio, Trillos, Leal Junior y otros más. En la Gavea, que es una localidad muy próxima a Río, organizaban muy a menudo conferencias que atraían a mucho público, porque el momento era muy oportuno para la demostración a los pueblos, del conflicto guerrero y de cómo se arrastraba a los hombres a la muerte y a la miseria, para defender intereses capitalistas y de los gobiernos, mientras se hacía case omiso de la incultura, del hambre y de la explotación de que eran víctimas los trabajadores.

En la Gavea había un local de grandes dimensiones, en la rua Henrique nº 7, donde la agrupación "Fraternidad y Progreso", formada por compañeros muy activos y de gran capacidad, organizaban grandes actos que eran muy concurridos y donde se realizaba una labor de propaganda y exposición de nuestros ideales. En casi todos ellos yo tomaba parte y me sentía muy feliz y complacida de verme rodeada de tantos y tan buenos compañeros. Uno de los hechos que han dejado un grato recuerdo para mi memoria y la confirmación una vez más del valor del ideal anárquico cuando él se expone con acierto y plagado de sinceridad, me lo dio lo acaecido en una de las tantas conferencias mías.

En el año 1914 existía una institución en Río de Janeiro integrada por militantes españoles llamada "Juventud de Tabueja", y en el aniversario de ese año del fusilamiento de Francisco Ferrer, organizaba un acto público en un gran salón, para recordar al gran maestro víctima del clero y del gobierno español. Fui invitada para dar la conferencia y como tema les di "La educación racional y el fusilamiento de Francisco Ferrer". Esa institución era sostenedora de una escuelita en el pueblo de Tabueja, España, y todos los componentes se esmeraban para que la escuelita de ese pueblo de Galicia no careciera de nada, pues desde allí se le enviaba, por intermedio de su comisión, todo lo que era necesario.

Ese hecho fue para mi por demás simpático y significativo, que desde el Brasil, fuera sostenida una escuela en España; el salón estaba colmado de público y en el escenario su Comisión Directiva presidía el acto; en el frente del escenario, la bandera brasileña y la española entrelazada, cubrían la pared, y en el medio de las dos, un cuadro con la fotografía del rey Alfonso XIII.

Mi conferencia fue señalando la forma cómo Francisco Ferrer organizó y sostuvo las Escuelas Racionalistas en España, y el crimen que el clero y gobierno habían realizado con el fusilamiento de un hombre que había sacrificado su vida en bien de la cultura y de la humanidad. En un pasaje de mi conferencia, el público que colmaba el salón y los pasillos con entusiasmo nunca visto, empezó a gritar pidiendo que sacaran el retrato de Alfonso XIII y pusieran en su lugar el del fundador de la Escuela Moderna, Francisco Ferrer.

No hubo otro remedio que suspender la conferencia y esperar que la Comisión Directiva consiguiera un cuadro con la fotografía de Ferrer y la colocaran en el lugar donde estaba la de Alfonso XIII. Este hecho y la colocaran en el lugar donde estaba la de Alfonso XIII. Este hecho tuvo una aclamación tan entusiasta, que duró varios minutos y dejó un ambiente tan grato para nuestros ideales y para mí, que nunca pude olvidar ese hecho tan significativo, que me dio ánimo y argumento para continuar mi conferencia, con una exposición clara y demostrativa del valor de los pueblos para realizar su emancipación y conquistar su libertad, cuando ellos tienen capacidad y cultura. Todavía hoy guardo después de 46 años, la carta que me mandó la Comisión Directiva felicitándomo por el bacho quedido.

dome por el hecho sucedido.

Brasil ha dejado en mí un recuerdo muy grato en los cuatro años que estuve en él. Desplegué mucha actividad y se realizaron tantos y tantos actos, que no puedo menos que recordarlos. En Niteroi varias fueron las veces que el salón no daba abasto para la realización de los mismos, pues era tanta la concurrencia que había que salir a la calle; es que el momento era muy oportuno y los compañeros que en esos momentos militaban y ocupaban también las tribunas, eran de un valor intelectual y cultural muy superior, pues sus exposiciones sobrepasaban la educación media y las conferencias de los profesores Oiticica y Orlando Correa López, atraía mucho público y el entusiasmo y la propaganda ideológica que se realizaba creaba un ambiente de acercamiento entre el movimiento que se realizada creada un ambiente de acercamiento entre el movimiento obrero y el cultural. Además de los momentos gratos que pasé, también hubo algunos de intranquilidad, ya que en ocasión en que acababa de dar una conferencia en el Centro Cosmopolita, fui detenida por la policía y me trasladaron a Orden Social; allí fui interrogada y detenida varios días, acusada de fomentar desorden y rebelión contra las autoridades. Después de varios días en que un abogado hizo algunos trámites, fui puesta en libertad sin volver a ser molestada. Un hecho que presencié y que fue de gran trascendencia, fue el derrumbamiento de un edificio de 14 pisos que se estaba construyendo en la rua Silva Jardim nº 1; este acontecimiento dejó bajo sus escombros a 40 obreros muertos y 163 heridos. Todo Río de Janeiro se convulsionó,

a 40 obreros muertos y 163 heridos. Todo Río de Janeiro se convulsionó, y la consternación fue tan grande, que se veía a la gente de un lado para el otro buscando a sus familiares y removiendo escombros en los que aparecían los cuerpos mutilados o muertos de los obreros que allí trabajaban.

La construcción era el "Nueva York Hotel", dirigida por la impericia del ingeniero y arquitecto Magalhaes Machado, ya que fue su falta de visión e incumplimiento a las ordenanzas municipales, lo que dio lugar a esta horrosa tragedia. El Sindicato de la Construcción se hizo cargo del entierro de los 40 compañeros que habían sido víctimas; y sólo viendo ese horrible espectáculo, puede uno darse cuenta de lo que significan 40 cajones con todo Río de Janeiro acompañándolos hasta su última morada. Allí desaparecieron las clases sociales; todos, hombres, mujeres, se sentían afectados por semejante tragedia. Los oradores en el momento se sentían afectados por semejante tragedia. Los oradores en el momento del entierro se sucedieron atacando rudamente a los causantes y responsables de la muerte de esos humildes trabajadores, que dejaban en la mayor indigencia a sus familiares.

También a mi me tocó hablar en esa oración fúnebre, donde las palabras se ahogaban en la garganta de todos los oradores; la oración fúnebre del doctor Oiticica, fue tan profunda, sensible y tan grande, que llegó al corazón de todos los oyentes y en la penumbra del momento no se veía más que pañuelos blancos que secaban las lágrimas derramadas en holocausto de tantas víctimas. Cuantos y cuantos recuerdos guardo en mi memoria de los años que permanecí en Brasil, esos hermosos días pasados en la isla Do Paquetá, esa avenida Botafogo con su Pan de Azúcar al frente y tantas otras bellezas con que la naturaleza ha dotado a ese

país.

Varios son los viajes que hice a San Paulo y su recorrido me ha deslumbrado con tanta flora y tanta belleza que los ojos del viajero se quedan sorprendidos ante lo que es capaz de presentarnos la naturaleza.

Los años fueron pasando y allí, donde al llegar sólo pensaba quedarme días me quedé varios años, al lado de muy buenos amigos y compañeros y trabajando en muy buenas condiciones, pues organicé y dirigí la sección de camisería de una gran fábrica, y mi trabajo era muy bien retribuido porque era difícil encontrar en esos momentos quien

pudiera reemplazarme. Sin embargo yo sentía la nostalgia y el deseo de regresar a la Argentina, donde estaba mi madre, la que me había notificado, que había conseguido después de muchos trámites, que mi deportación fuera anulada, por haber sido hecha cuando yo era menor de edad. Esta notificación de mi madre despertó en mí el deseo del regreso, pues desde el año 1910 no había tenido la satisfacción de estar al lado de mis familiares y de tantos y tantos amigos y compañeros como tenía en la Argentina.

